

Fronteras Nuevas, Realidades Antiguas*

DR. EVERETT C. DOLMAN

LA GUERRA INMINENTE CON China se librar  para controlar el espacio ultraterrestre (exterior). Aunque sus efectos repercutirán ampliamente, el conflicto en sí no será visible para aquellos que contemplen el cielo nocturno. No será televisada. La mayoría ni siquiera se percatará de que está ocurriendo. Puede que ya haya comenzado.

No obstante, este nuevo tipo de guerra no será tan diferente al punto que sea irreconocible. Los principios de guerra y la lógica de la competencia permanecen intactos como siempre. Solamente el contexto ha cambiado. Cuando se perciben a través de esta perspectiva, a través de los principios de teorías tradicionales realistas y geopolíticas que han sobrevivido milenios en sus formas básicas, la conclusión inevitable es que Estados Unidos y la República Popular China (en adelante RPC) est n en camino hacia la guerra.

En este artículo se ofrece una interpretación del contexto geopolítico neoclásico que le da forma al posible conflicto entre EE.UU. y China, coloca esa discusión dentro de una teoría más amplia de estrategia, tácticas y guerra y evalúa el potencial para una Gran Muralla del siglo XXI en la órbita terrestre baja.

Geopolítica neoclásica

Hace casi 2.500 años, Tucídides anticip  la inevitabilidad de una guerra del Peleponeso desastrosa a causa del “surgimiento de poder de Atenas y el temor que ocasionó en Esparta”.¹ De hecho, cuando un orden internacional existente es retado por una potencia en surgimiento, la autoridad hegemónica predominante se ve obligada a responder. Esas condiciones son relativamente raras en la historia, pero cuando suceden, la guerra resultante no es para lograr modificaciones fronterizas o botines insignificantes, sino para lograr el liderazgo de un nuevo orden mundial. Es una gran guerra, una *guerra hegemónica*.² Este es el contexto en el cual el mundo existe ahora. La relativamente estable hegemonía global del dominio estadounidense desde 1945, acentuada por guerras limitadas y cambios en los balances de oposición, es directamente desafiada por el surgimiento de poder de la RPC—y el temor que está creando en EE.UU. es palpable. Esa teoría determinista es rebatida rápidamente por aquellos que consideran que sus implicaciones son aborrecibles. La inevitabilidad es una adivinación grosera y poco sutil. Solo porque algo siempre ha sucedido no significa que siempre sucederá. Lo contrario tampoco es cierto. Porque algo nunca ha sucedido no significa que no puede suceder. El paradigma realista de la política de poder *no tiene* que dominar. La narrativa cruelmente consistente de la historia *no necesita* repetirse eternamente. Nada es inevitable, refutan los idealistas. El mundo se puede hacer diferente, el mundo hoy es diferente.

El poder de la posibilidad es tentador, pero la fortaleza brusca de la probabilidad, para el encargado de tomar decisiones, por lo regular es dominante. El pasado eclipsa el futuro—y con el tiempo el cálculo de la probabilidad, combinado con el riesgo, es más convincente que las perogrulladas. Si un evento es *probable*, y su influencia es clara, su resultado perceptible, entonces las preparaciones tienen que hacerse para mitigar sus efectos. Si un evento *no es probable*, aún si su impacto es grave, las acciones necesarias para mitigarlo a menudo se postergan para el futuro—aunque esta forma de apuesta política tiende a exagerar los efectos nocivos del evento

*Fuente: Publicado anteriormente en nuestra revista *Strategic Studies Quarterly*, Spring 2012

cuando eventualmente haya sucedido. Sin embargo, si la *soberanía* del estado está en riesgo, indistintamente de cuán poco probable sea el evento, se tiene que tratar directamente. La lógica bien entendida—si no aceptada en todas partes—de los cálculos de la razón de ser está completamente de acuerdo con los dictámenes geopolíticos clásicos que datan, como mínimo, a sus linajes teóricos.

La resurrección de la geopolítica como un conjunto válido de teoría militar está en su apogeo. Al aplicar los principios y dictámenes de la geopolítica a la era actual con un enfoque en las actividades espaciales, espero contribuir a su reinstauración. El que la reflexión geopolítica clásica debe exigir resurrección significa que ha atravesado un periodo de desaprobación y decadencia, una historia que necesitará análisis adicional. Por ahora, es suficiente afirmar que la geopolítica se derrumbó por su propio peso, por el mal uso y abuso al que sus seguidores la sometieron al llevar sus preceptos menos justificables a sus extremos. Al igual que el neoliberalismo, el neo-realismo y el neo marxismo buscan regresar a teorías básicas para su inspiración y evitar las tergiversaciones y la mala aplicación de seguidores que a menudo tienen buenas intenciones pero que lógicamente están fuera de onda, de la misma manera la neo geopolítica busca reafirmar sus principios básicos y una explicación en cuanto su mal uso en la historia.

Para su poder explicativo, la geopolítica busca características físicas y espaciales geográficas o centradas en la tierra.³ La unidad de análisis es el estado. Su ubicación, tamaño, recursos y población se colocan en el contexto de la ideología política, los valores socio-culturales y la tecnología para evaluar las formas de guerra dominantes en un momento dado. A la manipulación de este conocimiento se le conoce como *geoestrategia*; una evaluación dominada por el estado de las bases de poder geoespaciales en los planes o estrategias para la ventaja continuada militar, económica, diplomática y socio-cultural.

La geopolítica como un conjunto unificado de teoría no fue evidente sino hasta fines del siglo XIV, pero su linaje legado está claro en retrospectiva. En la medida que los fuertes hacen lo que quieren y los débiles sufren lo que deben, tal como Tucídides hizo que los atenienses majestuosos le dijeran a los melianos neutrales en su célebre diálogo sobre el poder del estado y el orgullo, la política de la realidad (*realpolitik*) siempre se ha enfocado en manipular el balance de poder existente por su persuasión.⁴ Aunque está separado conceptualmente de la geopolítica, tanto en teoría como en práctica, las dos escuelas de pensamiento son lógicamente inseparables.

La geopolítica describe las fuentes—el qué—del poder del estado; la geoestrategia explica el cómo. Ninguna provee la razón esencial—el por qué. Eso requiere una perspectiva teórica más amplia. La que dominaba a los arquitectos del pensamiento geopolítico se agrupa debajo de la rúbrica de realismo.

Si el poder del estado, expresado en términos de capacidad para la violencia, es *ultima ratio* (la razón final) de las relaciones internacionales,⁵ entonces la teoría geopolítica es extremadamente útil. Tucídides y Maquiavelo percibieron que el interés personal del estado coincidía con el de la humanidad; una jerarquía de temor, interés y honor.⁶ El estado que no se protege a sí mismo será vencido; lo que no crece se marchitará y morirá. El Cardenal Richelieu lo resumió en la frase *raison d'état* (razón de ser).

En un entorno de relativa escasez, los intereses de los estados coinciden en parte y se puede anticipar un conflicto. Los líderes prudentes reconocen los puestos y capacidades geográficamente ventajosas que realzan el poder del estado e intentarán controlar esos puestos—o como *mínimo negarle el control de esos puestos a un opositor*—para garantizar la salud y crecimiento ininterrumpido del estado. Un estudio de esas capacidades, incorporado a un plan para una ventaja continuada, se le conoce como geoestrategia.

Por ejemplo, Alfred Thayer Mahan alegó que en la era moderna, para poder lograr más poder se necesitaba poseer una armada capaz de proyectar influencia globalmente.⁷ Ya era hora, reafirmó cerca de fines del siglo XIX, que Estados Unidos creara una fuerza marítima que igualara su influencia económica, se despojara de su capa de aislamiento y se apoderara del lugar que le

correspondía a la vanguardia de las naciones estados. Sin duda, Mahan era un nacionalista estadounidense pero sus teorías aplicaban a *cualquier* estado en una posición similar. Mucho poder conlleva a mucha responsabilidad, él razonó, y Estados Unidos estaba derogando sus obligaciones al no asumir su liderazgo.

Halford Mackinder, el primer verdadero geoestratega global, describió un choque cíclico de poderes terrestres y marítimos a lo largo de la historia, una perspectiva que coincide con otras teorías prominentes de rivalidades recurrentes tales como la interacción de tecnologías o capacidades de ofensiva o defensiva para la maniobra o masa que tienden a dominar el espacio de batalla en una era en particular. El poder marítimo, alegó Mackinder, en ascenso con el desarrollo de la navegación confiable después de 1500, para inicios del siglo XX estaba cediendo el dominio de la maniobra al poder terrestre de fuerzas en masa a medida que la tecnología del ferrocarril creó líneas internas de abastecimiento y comunicación relativamente rápidas y poco costosas.⁸

A medida que la tecnología evolucionó, los detalles de la teoría geoestratégica se transformaron en decisiones que se podían poner en práctica, pero la lógica esencial persistió. Hubo argumentos similares para el poder aéreo y de misiles, y en la actualidad están en boga para el poder espacial. Al analizar las ramificaciones de un método astro político (*astropolitik*), varios enunciados parecen ser fácilmente aparentes:⁹

- La geopolítica clásica ofrece las explicaciones realistas más duraderas para los cambios en el sistema internacional.
- Muchas teorías geopolíticas clásicas resultan fácilmente adaptables para el ámbito del espacio exterior.
- Estas teorías, hechas a la medida para el poder marítimo, ferroviario, aéreo y de misiles, se pueden considerar como segmentos de un proceso evolutivo. *El poder espacial es su heredero lógico y obvio.*
- *El terreno especial del espacio exterior dicta las tácticas y las estrategias* para el aprovechamiento eficaz de los recursos espaciales.
- Hoy el espacio es una base de poder nacional—*un despliegue óptimo de los recursos espaciales es esencial* en el campo de batalla terrestre actual y el futuro basado en el espacio.

¿EE.UU. y la RPC o EE.UU. versus la RPC?

A primera vista, pareciera que las fuerzas geopolíticas actualmente están en balance dinámico. Estados Unidos es el poder marítimo y aéreo abrumador, orientado hacia la ofensiva y favoreciendo la maniobra y el ataque de precisión para la ventaja en la guerra. La RPC es potencialmente la potencia terrestre más grande que el mundo haya conocido, establecida defensivamente y dependiendo de masas de infantería como su fuerza principal. Ninguna tiene una ventaja significativamente global en relación a la otra. No hay ningún escenario a corto plazo verosímil en el que Estados Unidos pudiese invadir y sostener una ocupación del continente chino. Asimismo, Estados Unidos está actualmente inmune a cualquier invasión y ocupación por las fuerzas chinas. La soberanía de ninguno de los estados parece estar en duda a causa de acciones por el otro. Al nivel de gran estrategia, ni la maniobra ni la masa, ofensiva o defensiva tienen una ventaja transformacional. Desde este punto de vista, la guerra, aunque sea inevitable, no es inminente.

Teorías de conflicto menos venerables y la cooperación son más favorables hacia la paz a largo plazo.¹⁰ Económicamente, EE.UU. y la RPC están estrechamente atados. Los mercados chinos se están abriendo y la productividad en las fábricas de la RPC le ha permitido a Estados Unidos pasar a una economía posindustrial. El comercio está aumentado sustancialmente, y gran parte

de la deuda externa de Estados Unidos está en manos de China, al punto que a ninguno de los dos estados les conviene económicamente entrar en un conflicto que rompa (o tan solo debilite) esos lazos. Cultural e históricamente, los chinos y los estadounidenses se inclinan hacia una admiración y respeto mutuo. A pesar de las diferencias políticas entre el comunismo chino y el capitalismo democrático liberal occidental, las conexiones humanas y el acercamiento de los gobiernos son valorados por ambos lados. Un reconocimiento de la innovación tecnológica estadounidense y de la mano de obra y la ética espiritual china imbuye la relación que aún se está desarrollando. Ambos lados parecen estar dispuestos a tener relaciones diplomáticas y sostener un sistema mundial en el que cada nación estado tiene su lugar y su independencia.

Pareciera que en cada esfera, menos una, ambas potencias están esforzándose por lograr la paz. En cada esfera de competencia, con una excepción, hay lugar para la negociación y resultados mutuamente beneficiosos. El único ámbito incompatible e inflexible es el espacio exterior.

Acción Occidental versus Sincronización Oriental

La perspectiva estratégica esencial que confunde la cooperación en el espacio es una paradoja. La mente occidental considera que la transparencia y la franqueza como el camino más certero hacia la paz. Cuando un estado puede vigilar eficazmente a otro, se mitiga el temor del ataque sorpresa y se minimiza la tendencia a sobreestimar las capacidades e intenciones de un posible opositor. Con la transparencia, el dilema de la seguridad es innecesario y la cooperación es posible.¹¹

Pero la transparencia, como medida para forjar la confianza, es un modo de pensar puramente occidental. Para un estratega oriental, la idea de que un opositor podría saber con precisión los puntos fuertes y débiles solamente invitan al ataque. La clave para la estabilidad en esta perspectiva es la incertidumbre—no saber cuán fuerte o débil es un opositor y nunca, bajo ninguna circunstancia, revelar las de uno. Mientras más certero el conocimiento, más hábil el plan compensatorio, más probable será su éxito.

La desconexión esencial entre el Oeste y el Este en la conducción de la guerra es la diferencia entre la acción y la sincronización.¹² El estratega occidental muy a menudo busca imponer el cambio mediante pasos positivos. Los análisis se enfocan en la reacción probable a actividades específicas, y evaluaciones de si más o menos fuerza es necesaria para lograr el cambio. El futuro está construido completamente a través del esfuerzo e interacción de la acción.

Para el estratega oriental, la manera correcta de librar la guerra es cuestión de *sincronización*. El balance de la fuerza no es un solo cálculo sino uno continuo. El poder es una función de capacidades, posición y estado de ánimo—de la misma manera que lo es en el oeste—pero también es el resultado de numerosas fuerzas inmutables y a menudo desconocidas. La estructura domina a la agencia. En lugar de obligar un cambio a través de acciones positivas, el estratega oriental espera el momento oportuno para atacar. De hecho, la analogía de la jardinería es fuerte en los escritos militares chinos. Indistintamente de cuánto esfuerzo uno coloca en cosechar, aprender la jardinería, preparar el terreno, atender las plantas, no hay ningún beneficio en cosechar demasiado temprano o demasiado tarde.

En mi propia interacción con estrategias y generales chinos, las anécdotas confirman esas tendencias. Cuando se les propone que su ventaja radica en la planificación a largo plazo, esos funcionarios posiblemente se rían entre dientes. “Yo no sé qué va a suceder mañana”, él o ella responderá, “¿Cómo puedo saber lo que sucederá en años o en décadas? Lo que el estratega oriental hace es estudiar, prepararse y esperar. A través del estudio y la reflexión cuidadosa, el estratega aprende acerca de las fuerzas del opositor y las suyas, al igual que el terreno, tecnologías y contextos socio-políticos que cambian con el tiempo. Mediante la preparación y el entre-

namiento, las fuerzas militares que el estratega requiere están disponibles cuando se necesitan. Aguardar el momento correcto para la acción, garantiza el éxito.

La arrogancia occidental y el hermetismo oriental, por lo tanto, dominan sus relaciones de seguridad. Cuando Douglas MacArthur expresó sus famosas palabras de que no hay sustituto para la victoria, él estaba afirmando un dictamen centrado en el **agente**.¹³ Su significado era claro. Quien prevalece en la guerra no necesita hacer excusas por la manera en que se libraron las batallas. La historia la escribe el victorioso. En cambio, cuando Sun Tzu expresó que la cúspide de la destreza es ganar sin pelear, él no se refirió a una estrategia pasiva o inactiva.¹⁴ Él afirmó que al seguir el modelo de estudiar, prepararse y esperar uno llega a un punto en que el resultado es obvio para todas las partes, y un opositor capaz escogerá negociar los mejores términos en lugar de luchar hacia una conclusión previsible y desastrosa.

El análisis geopolítico tiene la capacidad de aceptar la lógica de *ambos* oeste y occidente. En lugar de escoger uno en lugar del otro, el geoestratega los percibe holísticamente y busca una tercera manera que *una* a ambos sin disminuir el poder de uno o del otro.

La Estrategia y el Ámbito Espacial

Dentro de la estrategia militar hay categorías *operacionales* de violencia o fuerza que están separadas por el ámbito.¹⁵ Esto es más que una categorización de economía o eficiencia de la fuerza. Es un reconocimiento que las estrategias para cada ámbito son singulares y constan de requerimientos individuales para la pericia táctica. Además, es el concepto operacional lo que une la lógica de la estrategia con la gramática de la táctica.

Un estrategia militar entiende los requerimientos de organizarse, adiestrarse y equiparse para la guerra. Este es el propósito singular del poder militar. Como tal, el estrategia militar superior prepara las estructuras de la fuerza en general y establece un plan general para su continua salud y pericia. Como función de esta práctica de organizar, resulta útil dividir los ámbitos de la guerra en tierra, mar y aire para poder asignar la autoridad de los servicios (para EE.UU., el ejército, la armada y las fuerzas aéreas respectivamente). Hoy, el espacio es reconocido ampliamente como un ámbito aparte, y algunas milicias estatales tienen servicios separados para él—por ejemplo, Fuerzas de Cohetes Rusos. En la medida que esos ámbitos son tan solo delineaciones convenientes se cree que la estrategia aplica igualmente a todos, aún cuando la pericia táctica puede que sea bastante diversa en ámbitos diferentes. Como tal, la manera como se dividen las fuerzas en tan solo una preferencia, subordinada a una teoría de guerra general. Para poder contar con una estrategia separada para cada ámbito, se deben percibir sus fines singulares. Contar con una estrategia para el espacio, o sea, una teoría de la guerra espacial, es necesario distinguir las funciones y misiones singulares del ámbito espacial. Si no hay nada singular, entonces la distinción no agrega ningún valor.

Además, los ámbitos o dominios singulares de la tierra, mar, aire y espacio (y quizás el ciberespacio) necesitan estar más separados física y conceptualmente, deben ser de valor complementario—de lo contrario estarán subordinados a otro ámbito—y anidados dentro del papel correcto que desempeña el poder militar. Típicamente, los ámbitos son separables por características físicas u operaciones de plataformas. En el caso anterior, el territorio de la tierra es el ámbito para el poder terrestre, los océanos y las vías fluviales definen el poder marítimo y las propiedades aerodinámicas o las características orbitales de los cielos definen el poder aéreo y espacial. En este último, si camina o se mueve en la tierra es poder terrestre y correctamente bajo el control del ejército; si flota u opera en el agua es responsabilidad de la armada; y si vuela a través del aire o el espacio es—para Estados Unidos—controlado correctamente por la fuerza aérea. No obstante, esto ocasiona una coincidencia problemática cuando se asigna la responsabilidad del ámbito. ¿Puede usar la armada aeronaves para patrullar los océanos? ¿A quién le pertenece y quién

opera un misil balístico lanzado desde un submarino que comienza su recorrido en el océano pero viaja a través del aire y el espacio y ataca una ciudad en la tierra? ¿Acaso la fuente u origen define la autoridad en el caso del submarino (poder marítimo), o debe ser el objetivo el que define esa autoridad (poder terrestre)? Si se lleva al extremo, todas las operaciones marítimas, aéreas y espaciales comienzan en la tierra; ¿deben las armadas y las fuerzas aéreas-espaciales participar exclusivamente en apoyo a las actividades para el ejército? Esto también crea más problemas de los que resuelve. Si discrimino según el objetivo, ¿estoy llevando a cabo una guerra económica cuando destruyo una fábrica, indistintamente de los medios? Si bombardeo una escuela con una aeronave, ¿estoy llevando a cabo una guerra educativa?¹⁶ Eso es absurdo. Lamentablemente, el modelo para la discriminación de poder ya se ha definido; al igual que la fuerza militar como un medio del poder estatal, la autoridad del ámbito se comprende mejor como una función de *propósito*. Cuando se define de esta manera, los enigmas mencionados arriba desaparecen.

La finalidad *militar* del poder terrestre es apoderarse y mantener el territorio. Esto se entiende como *control* y es la misión asignada correctamente a los ejércitos. La finalidad *militar* del poder marítimo es controlar el mar. Las armadas hacen eso. La finalidad *militar* del poder aéreo es controlar el aire. De la misma manera, la finalidad *militar* del poder espacial es controlar el espacio. Si seguimos el dictamen principal de la geopolítica clásica, *si el control no se puede lograr o sostener, entonces es vital que un posible adversario no pueda ni lograr ni sostener el control*. Esto se conoce como *disputa*. Por lo tanto, las fuerzas terrestres deben organizarse, entrenarse y equiparse para controlar y disputarse la tierra; las fuerzas navales los mares; las fuerzas aéreas el cielo y, fundamentalmente, si el espacio es un ámbito bélico aparte, entonces las fuerzas espaciales deben estar preparadas y aptas para controlar y disputarse el espacio.

El control provee de *usar* el ámbito para crear efectos. En otras palabras, lo que uno *hace* con el poder terrestre, marítimo, aéreo o espacial depende completamente de la capacidad para operar desde o a través de la tierra, mar, aire o espacio. En el caso del poder aéreo, la capacidad de bombardear, trasladar abastos o hacer observaciones con aeronaves requiere que uno pueda entrar en el aire y luego en el blanco. Sin embargo, al igual que con el poder militar, lograr el control de manera que el ámbito se pueda usar no significa necesariamente la aplicación constante y dominante de la aplicación de la fuerza militar a lo largo del ámbito. En un entorno *no impugnado*, el acceso se basa completamente en la capacidad de obtener y utilizar los recursos necesarios para moverse de un punto a otro y hasta qué punto se acatan las reglas legales que coordinan las operaciones en áreas congestionadas (por ejemplo, regímenes de control de vuelo en aeropuertos). Sin embargo, la presencia continua de un ámbito no impugnado se ha debido históricamente a la existencia de una capacidad de la milicia o fuerza policial que se mantiene en reserva para garantizar que se obedecen las reglas y que se castigue la inhibición no autorizada del movimiento en el ámbito. Este es el caso actual del área común global aérea y marítima. La Armada de EE.UU. es principalmente quien garantiza que las 12 millas de extensión actual de soberanía nacional en los océanos no se sobrepasen (como sucedió con sus acciones en el Golfo de Sidra en cuanto a Libia), o que estrechos vitales en las rutas marítimas comerciales no estén bloqueados (por ejemplo, los Estrechos de Hormuz) y que se evite o castigue la actividad criminal no estatal (tales como los esfuerzos en curso contra piratas somalíes en el Océano Índico). Sin embargo, sin la capacidad de aplicar la fuerza *sobre* y *en* los mares, para abordar e inspeccionar embarcaciones sospechosas o que violan las leyes, escoltar y defender pasajeros inocentes y más, la Armada de EE.UU. no puede defender o disuadir en los mares sin violar la soberanía de otros estados o depender de recursos no navales para la disuasión y el castigo.

En el espacio ningún estado aún ha intentado lograr el control general de un lugar perceptible, y las naciones capaces de operar en el espacio en su mayoría lo han hecho según las obligaciones jurídicas o de tratados. Este es el modelo que se siguió en el aire durante su desarrollo inicial (y probablemente con acceso al mar en algún momento en la prehistoria). Hasta la Primera Guerra Mundial no ocurrió la disputa del aire. El acceso sin restricciones era una función

de deseo, tecnología, aerodinámica, clima, leyes y dinero. Tal es el caso hoy con el espacio. Ningún estado aún ha actuado militarmente para disputar el uso del espacio por parte de otro estado (que sepamos). La zona geoestacionaria está regulada por un acuerdo internacional y hay varias leyes que limitan la colocación de armas de destrucción en masa en el espacio. Normas de registro y responsabilidad han sido creadas y ampliamente aceptadas, y los efectos disponibles desde naves espaciales y el uso del espacio están, por lo regular, disponibles para todos—sin embargo, la explotación del espacio aún es menos que óptima.¹⁷ Ningún equivalente a la Armada de EE.UU. está al acecho para cerciorarse que los estados parias *no* puedan extender su territorio soberano más allá de los límites de vuelo generalmente aceptados o para detener actividades ilícitas siempre y cuando ocurran. Las actividades militares ocurren para crear escombros y otros peligros a la navegación, pero no hay ningún equivalente a un barredor de minas para eliminar los desechos militares indeseables. Y si algún estado u organización *desease* disputar o controlar el espacio, negándole los frutos del mismo a otro estado, sencillamente no hay *defensa* contra una acción de esa índole—solo hay disuasión a través de la amenaza asimétrica de represalias centradas en tierra.

La *disputa* es la capacidad para bloquear o negar acceso a un ámbito. Fundamentalmente, la disputa no otorga la capacidad para *usar* un ámbito; solamente lo inhibe. Es por ello que para un estrategia militar, el control es un concepto vital. El control puede ser general o limitado a horas y lugares específicos, pero sin la capacidad de entrar a un ámbito y operar ahí, él o ella no puede utilizarlo para crear efectos. Por lo tanto, por *cada* ámbito militar, *el control es posible solamente desde dentro del ámbito*. Esto es obvio cuando se disputa el ámbito, pero también se debe ejercer en un ámbito no disputado cuando actividades ilícitas o perjudiciales ocurren en él.

Una extensión de la necesidad de controlar un ámbito para poder utilizarlo es el entendimiento de que para *mantener* el control un planificador militar debe poder disputarse las zonas litorales de aquellos ámbitos adyacentes al mismo. Por ejemplo, se requiere un ejército o una fuerza terrestre para lograr el control militar y luego hacer uso del territorio disputado. Este es el tan pregonado concepto de la necesidad de contar con botas en el suelo. En la medida que se necesite el control territorial, se requieren botas en el suelo (o ruedas, rieles, etc.). En la medida que se desee el control del aire sobre territorio enemigo para poder bombardear los blancos, las botas en territorio enemigo puede que sea irrelevante. Llamémosle a esto las alas en el dictamen aéreo y hacer otra para los remos en el agua. Para poder utilizar el ámbito, debo poder operar en él.

La fuerza terrestre que ocupa o controla un territorio no podrá maximizar el uso del ámbito si el espacio aéreo sobre ese territorio no está controlado por fuerzas amigas. Por lo tanto, la fuerza terrestre debe intentar bloquear el acceso a las fuerzas aéreas opositoras o aceptar el vuelo libre de aeronaves enemigas sobre sus posiciones. Lo último puede que sea una necesidad, si los medios para disputarse el aire no están disponibles, pero es una condición operacional indeseable. Por este motivo, las fuerzas terrestres por lo regular cuenta con artillería y misiles antiaéreos. Las fuerzas terrestres también erigen defensas costeras para evitar ataques e invasiones desde el mar. En vista de que la finalidad de estas acciones es disputarse los litorales del ámbito terrestre, están correctamente asignadas e integradas en las operaciones y la doctrina del ejército. Por su parte, las armadas mantienen fuerzas terrestres—infantería de marina y policía costera—para disputarse las playas y proteger los puertos. Las armadas también cuentan con capacidades antiaéreas significativas en sus buques y mantienen flotas de aeronaves para refutar los esfuerzos contra buques de los opositores. Las fuerzas aéreas también deben asegurar las bases y refutar los esfuerzos antiaéreos de los ejércitos y las armadas. De la misma manera, las fuerzas espaciales *deben* contar con la capacidad de negar *desde* el espacio armamento contra satélites basados en tierra, mar y aire.

Puede que haya ocasiones en las que un estado no necesite o desee disputarse o controlar un ámbito. Un estado sin litoral no verá la necesidad de crear una fuerza naval para controlar el

mar, y probablemente no adquirirá una capacidad especializada para disputarse el mar. La mayoría de los estados intentarán obtener capacidades para disputarse el aire, tales como los misiles avanzados de superficie a aire, pero muchos no podrán sufragar los recursos para controlar el aire. Sus estrategias militares serán creadas con un entendimiento que los efectos lanzados desde o a través del aire, tales como apoyo aéreo cercano o reabastecimiento aéreo, probablemente no estarán disponibles en un momento de conflicto o crisis.

Si el espacio es un ámbito militar, entonces debe seguir la misma lógica. Un estado que depende del apoyo militar desde el espacio—los efectos que logra al disponer de recursos en el espacio—debe planificar para lograr, como mínimo, control limitado o temporal del espacio en tiempos de conflicto. Y, como ya es obvio de la descripción anterior de ámbitos análogos, *el control es posible solamente desde dentro del ámbito*. Si el estado *no está dispuesto* a colocar armamento en el espacio, entonces no puede esperar a *garantizar* efectos desde el espacio cuando otro estado intente disputarse su posición. Su recurso lógico es deshacerse rápidamente del apoyo, mejora y habilitación espacial, y pasar a una estructura de fuerza militar pre especial. Entonces, debe dejar de gastar dinero de las adquisiciones, producción y personal en el espacio militar. Si es razonable sospechar que la milicia será obligada a combatir sin apoyo espacial garantizado, entonces debe entrenarse para ello. La milicia más eficaz en un entorno en que se le ha negado el espacio será aquella que no requiera en lo absoluto el uso del espacio. Desde luego, si una fuerza militar es ducha en combatir sin el espacio, ¿por qué debe gastar recursos escasos para organizarse, entrenarse y equiparse para combatir de otra manera? Para un comandante, sería el colmo de la locura depender de una capacidad que puede que esté o no disponible cuando se le necesite. Con el poder militar preparándose para combatir sin el espacio, el financiamiento del gobierno para continuar el apoyo espacial militar se debe reducir progresivamente y a la larga descontinuar. Sin una presencia militar que proteja los recursos espaciales frágiles y garantice el cumplimiento de tratados en el espacio, junto con reducciones drásticas en la industria espacial a medida que los contratos militares terminen, el desarrollo comercial del espacio será reducido drásticamente. Sería absolutamente prudente crear armamento anti espacial basado en tierra, mar y aire, de manera que un opositor no pueda usar libremente el espacio, pero gastar dinero y esfuerzos en una capacidad en el espacio que sería bueno poseer y que no se necesita para llevar a cabo las operaciones en tierra sería absurdo.

Siguiendo esta lógica, negarse a uno la capacidad de colocar una fuerza militar *en* el espacio es equivalente a desistir del *valor* militar (y quizás civil) del espacio.

Con certeza, el costo de armar el espacio eficazmente será inmenso. Es un costo que necesita asumirse si Estados Unidos, o cualquier otro estado, está decidido a contar con una estructura militar que dependa del apoyo y habilitación espacial para operar como lo hace hasta ahora, mucho más para el futuro. Y *tendrá* beneficios para la milicia que quizás no sean evidentes; por que ¿de dónde vendrá el dinero para esta capacidad de armamento espacial? No vendrá de los presupuestos escolares o de los programas de ayuda al extranjero. No vendrá a expensas de la reforma de cuidado de la salud o rescates financieros a las corporaciones. Vendrá a expensas de la capacidad de las aptitudes militares *convencionales* en tierra y en el mar y en el aire. Habrá menos portaaviones y aeronaves de combate y bombarderos más costosos. Si se despliega armamento espacial capaz de atacar la tierra, los relativamente lentos buques y aeronaves serán obsoletos conceptualmente e instantáneamente vulnerables a ese armamento. A medida que se obtiene dinero para los láseres espaciales y satélites cinéticos exóticos, los sistemas que estas armas espaciales tornen indefensas serán desechados. Más fondos vendrán del desarrollo y despliegue en curso de misiles balísticos y anti balísticos, a medida que la defensa *global* de misiles balísticos desde el espacio es más económica y práctica que sistemas exhaustivos basados en tierra y en el mar. Y, más importante aún, los fondos vendrán de las reducciones de personal, de tropas terrestres actualmente ocupando territorio extranjero. De esta manera, Estados Unidos conservará su capacidad de usar la fuerza para influenciar estados alrededor del mundo, pero atrofiará

su capacidad para ocupar su territorio y amenazar directamente su soberanía. La era de la hegemonía estadounidense será extendida, pero la posibilidad de un imperio global estadounidense será reducida.

Quizás. El futuro no está determinado o ni siquiera se puede determinar. Yo he alegado en otros lugares la viabilidad de controlar el espacio. En este escrito no agregaré a ese argumento. También he destacado que la teoría que estimula esas conclusiones es precisa y bien elaborada, pero el mundo real es demasiado complejo para reflejar la teoría. La voluntad política necesaria para armar el espacio y darle seguimiento con un régimen capaz de garantizar el desarrollo comercial y cooperativo del espacio aún no es evidente, y esa visión *astropolitik* puramente realista por lo tanto no es viable actualmente. Pero el apoyo para el bien común y colectivo que podría emanar de una fuerza espacial correctamente armada podría cambiar eso. Hay algunas posibles misiones para el armamento espacial que no le restan valor a su finalidad principal pero sí complementan la meta del control espacial que algún día podría ayudar en lograr la voluntad de pagar y usar ese armamento. El deseo de limpiar los escombros de las órbitas de gran tráfico podría hacerse teóricamente mediante láseres activados nuclearmente y basados en el espacio—buena práctica en atacar para sus operadores. El acceso garantizado al espacio por una fuerza de control espacial robusta podría preparar el camino para deshacerse de manera limpia y permanente de los desechos nucleares y tóxicos, ya que éstos se almacenan en tierra en la actualidad y podrían ser enviados al Sol. La generación de la energía solar basada en el espacio podría proveerle al mundo exhaustiva y económicamente con energía abundante que le restaría énfasis al valor y la autoridad de los estados productores de petróleo y básicamente cambiar el paisaje geopolítico de la Tierra. Estos escenarios son mucho más probables que se cristalicen con la vigilancia y protección provista por una potencia militar o policial basada en el espacio.

Para aquellos que se oponen a las armas en general, y en particular las espaciales, es un dilema aún más difícil. Las ramificaciones de la misión *actual* más crítica del Ejército, Armada e Infantería de Marina—pacificación, ocupación y control del territorio extranjero—son profundas. Con la reducción de las armas tradicionales para acomodar gastos espaciales más elevados, la capacidad de hacer esas tres misiones decaería significativamente. En un momento en que muchos aclaman *mayor* capacidad para pacificar y vigilar tierras extranjeras, en virtud de los despliegues sin fin de las fuerzas mantenedoras de paz estadounidenses alrededor del mundo, los defensores del armamento espacial tienen que abogar por la *reducción* de esas capacidades a favor de un sistema que no tendrá un potencial directo en hacerlo.

Por lo tanto, el argumento de que el despliegue unilateral del armamento espacial precipitaría una carrera armamentista desastrosa se deteriora aún más. Con certeza, el armamento espacial es ofensivo por naturaleza. Disuaden la violencia por la amenaza omnipresente de represalia precisa, medida e incontenible. Pero no ofrecen ninguna ventaja en la misión de ocupación territorial. Como tal, son mucho menos intimidantes al entorno internacional que cualquier otra combinación de armas convencionales utilizadas en su lugar. ¿Qué sería más amenazador para un estado opuesto a la hegemonía estadounidense: Una docena de láseres en el espacio con precisión milimétrica o (quizás por el mismo precio) una docena de divisiones de infantería amasadas en su frontera? Un estado que emplea la disuasión ofensiva mediante el uso de armamento espacial puede castigar a un estado transgresor, pero está en una posición pobre para retar la soberanía de ese estado. Es menos probable que un estado transgresor sucumba al dilema de seguridad si percibe que su supervivencia nacional no está en riesgo. Además, el gasto tremendo de armamento espacial impediría su uso indiscriminado. Con el tiempo, el mundo de estados soberanos podría reconocer que Estados Unidos no podría ni utilizaría el armamento espacial para amenazar la autodeterminación nacional de otro país. Estados Unidos aún desafiaría cualquier intento de intervenir militarmente en la política de otros, y restringiría gravemente su propia capacidad de hacer lo último. El uso acertado y no arbitrario de un espacio armado a

la larga podría considerarse como un positivo neto, una fuerza global eficaz que castiga actos criminales pero que no amenaza atacar de una manera imperialista.

Una Gran Muralla del Siglo XXI en el Espacio

Hace poco más de tres años, China le disparó con éxito a uno de sus propios satélites en el espacio.¹⁸ Esto fue extraordinariamente provocativo. Estados Unidos sencillamente no cuenta con ninguna defensa contra ese tipo de armamento, y la intención de la prueba anti satélite por parte de China era recordarle al mundo su debilidad. Además, su uso del MRBM (que la RPC produce en masa) para accionar el vehículo indica una posible capacidad de armamento anti satélite lo suficiente para atacar todo el inventario de EE.UU. de la órbita baja de la Tierra. Esfuerzos en curso para colocar interceptores de misiles basados en tierra en lugares estratégicos serían inútiles, indistintamente del despliegue, ya que éstos están diseñados para atacar misiles balísticos que se aproximan en la fase de vuelo media o terminal. El misil chino logra la altitud orbital pocos minutos después del lanzamiento, por lo tanto la única defensa posible contra él—que tendría la ventaja adicional de garantizar que cualquier escombros destructivo de un ataque exitoso aterrizaría en suelo chino—sería una red de satélites de misiles antibalísticos operando en la órbita de la Tierra.

Justamente esa capacidad anti misil basada en el espacio, imaginada hace años y técnicamente factible desde fines de la década de los ochenta, ha sido por mucho tiempo la solución óptima para los planificadores militares. Sin embargo, ese tipo de sistema ha sido postergado anualmente a causa de cálculos de costo elevado y temores de exhortar a otros estados a que diseñen armamento anti espacial. La última inquietud ha sido superada por los acontecimientos. Pero el problema del costo continúa.

Con la guerra global contra el terrorismo y despliegues terrestres importantes captando la mayor parte de la atención y del presupuesto, cambiar fondos de requerimientos operacionales inmediatos a seguridad a largo plazo no es fácil. La *coordinación* de la prueba anti satelital china coincide perfectamente con su percepción de que Estados Unidos no está en condiciones de responder con fuerza, y probablemente tienen razón.

La meta final de China parece ser hacer valer su supremacía regional y lograr un estatus **co-igual** (si no dominante) como una potencia global. El control del espacio es un paso crítico en esa dirección. Sin sus ojos y oídos en el espacio para proveer advertencia e inteligencia en tiempo real, Estados Unidos estaría en una posición terriblemente difícil si la RPC presionara militarmente a Taiwán. Para aquellos que alegan que China está igual de ansiosa por evitar una guerra dañina en el espacio al igual que cualquier otro estado que transita por el espacio, especialmente en vista de su integración cada vez mayor a la economía mundial y la dependencia en el comercio extranjero para su prosperidad continua; no descartan las capacidades de su liderazgo autoritario. Este es el mismo régimen que adopta las penurias de la pobreza cíclica inducida por el gobierno para librar a su población de la decadencia moral del lujo capitalista.

Al igual que con la famosa Gran Muralla que se extiende a lo largo del norte de China, construida con el doble propósito de impedir incursiones nómadas y crear una magnífica obra pública para legitimar el gobierno e inspirar a su población, una presencia militar significativa en la órbita baja de la Tierra tiene un valor paralelo para la RPC hoy. Su capacidad cada vez mayor en el espacio es extremadamente popular internamente (además de darle una mejor reputación a la capacidad de China de desarrollar productos y servicios de alta tecnología) y ayuda a disminuir la disconformidad interna al legitimar el gobierno comunista. El esfuerzo masivo iniciado por el gobierno de crear una presencia espacial dominante equivale a los gastos de los estados de crear enormes obras públicas que eran tan importantes para regímenes anteriores (y los modernos también, por ejemplo el sistema de carretera interestatal de la administración Eisen-

hower). Sin embargo, en un final, el propósito principal de una disputa de controlar, o al menos cerrar, el acceso al espacio tendría el mismo efecto general que la Gran Muralla original en mantener influencias extranjeras fuera del Reino Medio. Para China, el pasado siempre ha sido un prólogo.

Sin lugar a dudas, el énfasis en el espacio cada vez mayor de China y su antipatía cultural hacia la transparencia militar sugiere que un intento serio de controlar el espacio se está fraguando. Un temor persistente es la introducción repentina de una capacidad desconocida (llamémosle Tecnología X) que le permitiría a un estado hostil colocar rápida y económicamente armamento múltiple en la órbita. Las ventajas obtenidas de controlar el terreno elevado del espacio se acumularían al igual que a cualquier otro estado, mientras que la pérdida concomitante de poder militar de la negación del espacio a las fuerzas militares ya dependientes de Estados Unidos podría marcar el inicio de un reordenamiento del sistema internacional. Mientras más tiempo Estados Unidos vacile en sus responsabilidades militares, más probable un opositor posible pudiese apoderarse de la órbita baja de la Tierra antes que Estados Unidos pueda responder.

Y en esas circunstancias, Estados Unidos con certeza respondería. En cambio, si Estados Unidos armase el espacio, no es muy seguro del todo que cualquier otro estado o grupo de estados hallaría razonable contrarrestar del mismo modo. El costo inicial para proveer la infraestructura necesaria es aún demasiado elevado—como mínimo, cientos de billones de dólares. Los años de inversión que se necesitan para lograr una capacidad para lograr una contrafuerza comparable—esencialmente desde el inicio—le ofrecería más tiempo a Estados Unidos para atrincherarse en el espacio y contrarrestar esfuerzos preliminares para desplazarlo. El esfuerzo tremendo en tiempo y recursos sería peor que el desperdicio. La mayoría de los estados, si no todos, optaría por no contrarrestar *directamente* los despliegues de Estados Unidos. Puede que se opongan a los intereses estadounidenses con balance asimétrico, dependiendo de cuán agresivamente utilizan su nuevo poder, pero las probabilidades de una carrera armamentista hemorrágica en el espacio si Estados Unidos es el primero en desplegar armas—al menos durante los próximos años—son remotas.

Este razonamiento no disputa el hecho de que el despliegue de armas en el espacio exterior por parte de EE.UU. representaría la adición de una nueva capacidad militar potente, una que ayudaría a extender el periodo actual de hegemonía estadounidense hasta bien entrado el futuro. Obviamente esto sería amenazador, y Estados Unidos debe esperar condenas severas y mayor competencia en las áreas secundarias. Pero ese resultado es menos amenazador que otro estado, particularmente autoritario no liberal, lo haga. A pesar de que hay oposición obvia al balance de poder internacional actual, la mayoría de los estados parecen considerarlo como al menos tolerable. Una continuación del *status quo* es por lo tanto aceptable, como mínimo, inclusive para estados que están trabajando por su desaparición. Mientras que Estados Unidos no emplee su poder arbitrariamente, la situación se tomaría en cuenta al principio y se aceptaría a regañadientes con el transcurso del tiempo.

Aquí no aplica la imagen espejo. Un intento por parte de China de dominar el espacio sería parte de un intento de romper el dominio mar-aire de Estados Unidos en preparación para un nuevo orden internacional, con el estado que arme el espacio encima. Ese tipo de acción retaría el *status quo* en lugar de perpetuarlo. Esto sería desconcertante para las naciones que acepten el orden internacional actual—inclusive las instituciones venerables de comercio, finanza y leyes que operan dentro de él. Simultáneamente, sería intolerable para Estados Unidos. Como líder del sistema actual, Estados Unidos no podría hacer menos que participar en una carrera armamentista espacial ruinosa, salvo que se haga a un lado con elegancia y acepte un estatus mundial reducido.¹⁹

Apoderarse de la iniciativa y asegurar la órbita baja de la Tierra ahora, mientras que Estados Unidos domina en la infraestructura espacial, haría mucho por estabilizar el sistema internacional y evitaría una carrera armamentista en el espacio. La capacidad elevada de negarle a otra

nación cualquier intento de colocar recursos militares en el espacio y atacar rápidamente y destruir la capacidad anti satélite terrestre haría que la posibilidad de una guerra espacial a gran escala o carreras espaciales militares fuese *menos* probable, no más. Siempre que el estado que controla demuestre una capacidad y una voluntad de usar la fuerza para defender su posición, de hecho gastando una pequeña cantidad de violencia necesaria para evitar una mayor conflagración en el futuro, la probabilidad de una guerra futura *en* el espacio es remota.

Además, si Estados Unidos estuviese dispuesto a desplegar y emplear una fuerza espacial militar que mantuviese el control eficaz del espacio, y lo hiciese de manera que fuese percibida como fuerte, no arbitraria y eficaz, una acción de ese tipo serviría para desanimar a los estados en competencia de poner en servicio sistemas opuestos. También podría preparar el terreno para un régimen espacial nuevo, uno que fomentase el comercio y el desarrollo espacial. Si Estados Unidos utilizase su ventaja para vigilar los cielos y permitiera el uso pacífico y sin obstáculos del espacio por parte de cualquiera y todas las naciones para desarrollos económicos y científicos, con el tiempo su control de la órbita baja de la Tierra podría considerarse como un recurso global y un bien público. De la misma manera, los británicos mantuvieron el control de los mares en el siglo XIX, poniendo en vigor normas internacionales contra la esclavitud, el transporte de inocentes y derechos de propiedad, Estados Unidos podría preparar el espacio exterior para un brote de expansión económica que hace mucho tiempo se necesita.

Hay una sustentación histórica razonable para la noción que los periodos más pacíficos y prósperos en la historia moderna coinciden con un hegemon fuerte y liberal.²⁰ Durante los últimos sesenta años, Estados Unidos ha sido esencialmente incontestado es un su dominio naval y en la supremacía aérea global por los últimos quince años o más. Hoy, hay más comercio internacional en los océanos y en el aire que nunca. Buques y aeronaves de todas las naciones se preocupan más por tropezarse con mal tiempo que ser tomados a la fuerza por un buque militar o piratas. La búsqueda y rescate es una tarea mucho más común para la Armada que el embargo forzado y la transferencia de ayuda humanitaria es una misión regular. El legado del dominio militar estadounidense del mar y del aire ha sido positivo, y lo mismo se debe esperar para el espacio.

Conclusión

La geopolítica está en ascenso porque provee anteproyectos para la acción para aquellos que perciben el mundo en términos realistas. Halford Mackinder confirmó el principio primordial de la geoestrategia. Para dominar el espacio de batalla es necesario controlar las posiciones más vitales. Si éstas no se pueden controlar, entonces se deben disputar. El opositor no puede tener acceso sin inhibiciones. Este dictamen sencillo, conocido por cada estrategia y especialista en táctica, pero expresado tan claramente por Mackinder, es la esencia de la lógica del geoestratega. El control es deseable, pero la disputa es imperativa. Este dictamen aplica a cada medio y teatro de guerra.

Sin duda, Estados Unidos *mantendrá* la capacidad de influenciar las decisiones y los eventos más allá de sus fronteras, con la fuerza militar si fuese necesario. Si esta capacidad proviene del espacio al igual que de otros ámbitos militares no se ha determinado. Pero el despliegue operacional del armamento espacial aumentaría esa capacidad proporcionado proyección de fuerza mundial casi instantánea. Esa fuerza sería precisa, incontenible y letal. Estados Unidos mantendrá su posición de hegemonía al igual que su seguridad y el mundo no será amenazado por el espectro de un imperio estadounidense futuro. □

Notas:

1. Robert Strassler (ed), *The Landmark Thucydides: A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War*, traducido por Richard Crawley (New York: Free Press, 1996), p. 16.

2. Consultar Robert Gilpin, *War and Change in World Politics* (La guerra y el cambio en la política mundial) Cambridge: Cambridge University Press, 1981), para un recuento complete.
3. Para este análisis, recurro a definiciones por Geoffrey Parker, *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century* (Reflexión geopolítica occidental en el siglo XXI) (New York: St Martin's, 1986).
4. Strassler, *Thucydides* (Tucídides), pág. 352.
5. La postura del fundador del neorealismo, Kenneth Waltz, *Theory of International Relations* (Teoría de las relaciones internacionales) (New York: McGraw-Hill, 1979).
6. Jack Donnelly, *Realism and International Relations* (El realismo y las relaciones internacionales) (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), págs. 43-4.
7. Alfred Thayer Mahan, *The Influence of Seapower Upon History: 1660-1783* (La influencia del poder marítimo en la historia: 1660-1783) (Boston: Little-Brown, 1890).
8. Halford Mackinder, *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction* (Los ideales democráticos y la realidad: Estudio en la política de la reconstrucción) (New York, Henry Holt, 1919).
9. Estas hipótesis se extrajeron de Everett Dolman, *Astropolitik: Classical Geopolitics in the Space Age I* (Astropolítica: Geopolítica clásica en la era espacial) (London: Frank Cass, 2002).
10. En términos de longevidad, menos como mínimo. Estas incluyen teorías económicas de interdependencia, funcionalismo y neo funcionalismo que conducen a la cooperación, y variantes de la supuesta teoría de paz democrática incluyendo la teoría de paz y de paz capitalista de Kant.
11. Sobre el dilema de la seguridad consultar a Robert Jervis, "Cooperation under the Security Dilemma" (La cooperación bajo el dilema de la seguridad) *World Politics*, Vol. 30, No. 2 (enero 1978), págs. 167-74.
12. Este argumento se le debe en gran medida a Francois Jullien, *A Treatise of Efficacy: Between Western and Chinese Thinking* (Tratado sobre la eficacia: Entre el modo de pensar occidental y el chino). Traducido por Janet Lloyd (Honolulu: University of Hawaii Press, 2004).
13. MacArthur estaba defendiendo su conducta en Corea. Para una contra opinión y crítica, consultar Everett Dolman, *Pure Strategy: Power and Principle in the Space and Information Age* (Pura estrategia: Poder y principio en la era espacial y de la informática) (London: Frank Cass, 2004, págs. 6-7. Para un recuento positivo, consultar Theodore y Donna Kinni, *No Substitute for Victory: Lessons in Leadership from Douglas MacArthur* (No hay sustituto para la victoria: Lecciones de Douglas MacArthur sobre el liderazgo) (Upper Saddle River, NJ: FT Press, 2005).
14. Sun Tzu, *Art of War* (El arte de la guerra), traducido por Ralph Sawyer (Boulder, CO: Westview Press, 1994), pág. 177.
15. Esta sección se extrajo de una discusión mucho más completa sobre los papeles que desempeñan la estrategia, las operaciones y la táctica en Dolman, *Pure Strategy* (Pura estrategia).
16. Un argumento adaptado de una afirmación económica expresada por David Baldwin, *Economic Statecraft* (Política económica) (Princeton NJ: Princeton University Press, 1985), págs. 6-15.
17. John Hickman y Everett Dolman, "Resurrecting the Space Age: A State-Centered Commentary on the Outer Space Regime" (Resuscitando la era espacial: Un comentario centrado en el estado sobre el régimen del espacio exterior) *Comparative Strategy*, Volumen 21, Número 1 (2002), págs. 1-19).
18. Para una postura apologista, consultar Li Jiuquan, "Legality and Legitimacy: China's ASAT Test" (Legalidad y legitimidad: La prueba ASAT de China) *China Security*, Vol 5, Núm. 1, invierno 2009, págs. 43-52.
19. Después de la teoría de la estabilidad hegemónica (HST) según esbozada por Duncan Snidal, "The Limits of Hegemonic Stability Theory" (Los límites de la teoría de la estabilidad hegemónica), *International Organization*, Volumen 39: Núm. 4 (Otoño) 1985, págs. 579-613.
20. Immanuel Wallerstein, "The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis" (El origen y la desaparición futura del sistema capitalista mundial: Conceptos para una análisis comparativo) y *Comparative Studies in Society and History* (Estudios comparativos en la sociedad y en la historia, Vol. 16 (1974)), págs. 387-415.

El Dr. Everett Carl Dolman es profesor de estudios militares comparativos en la Escuela de Estudios Avanzados Aéreos y Espaciales de la USAF (SAASS), donde se le ha identificado como el primer teórico espacial de la Universidad del Aire. Entre sus obras publicadas se encuentran las siguientes: *Astropolitik: Classical Geopolitics in the Space Age* (Frank Cass, 2002); *The Warrior State: How Military Organization Structure Politics* (El estado guerrero: Cómo una organización militar estructura la política) (Palgrave, 2005); y *Pure Strategy: Power and Principle in the Space and Information Age* (Routledge, 2005). El Dr. Dolman es también cofundador y editor de *Astropolitics: The International Journal of Space Power and Policy*.